166

FRANCISCO GARCIA PACHECO y LUIS GRAJALES

El agua del Jordán

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN PROSA

Copyright, by F. García Pacheco y L, Grajales, 1919

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1920

15

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elaguadeljordnco21015garc

EL AGUA DEL JORDÁN

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous le pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

EL AGUA DEL JORDÁN

COMEDIA EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

Francisco García Pacheco y Luis Grajales

Estrenada en el COLISEO IMPERIAL de Madrid, el 19 de noviembre de 1919

MADRID

R. Velasco, Impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.

TELÉFONO. M 55 1

1920

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ROSARIO	Concha Torres.
CASILDA	Guadalupe Muñoz Sampedro.
SEÑÁ FLORENTINA	María Comendador.
PATRO	Esperanza Medina.
SEÑÁ PASCUALA	Mercedes Orejón.
SEÑOR BERNABÉ	Manuel Vigo.
ALBERTO	Manuel Soto.
SEÑOR DAMIÁN	Fernando Aguirre.
PEPE	Ramón Martorí.
EL CONDE DE ZARZAL	Constante Viñas.
NEMESIO	Francisco Cejuela.
DON MANUEL	Maximino Fernández.
SEÑOR LORENZO	Carlos Dulac.
UN LACAYO	Carlos Domínguez.
EL SEGUNDO APUNTE	Ricardo Vico.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha e izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

La decoración figura una plaza de los barrios bajos. En primer término derecha una verdulería con puerta practicable. En primer término izquierda una taberna. Al foro telón de calle con una puerta de una trapería a la derecha y el portal de una casa a la izquierda; ambas practicables. En el segundo término dos bocacalles.

ESCENA PRIMERA

CASILDA y el SEÑOR BERNABÉ

Al levantarse el telón aparece la Casilda leyendo sentada en la puerta de la verdulería, y en la puerta de la trapería sentado también y arreglando un puchero el señor Bernabé

CAS. (Leyendo con bastante dificultad.) «Amor, amor, prorrumpió saliendo de su arrobamiento. Me parece que sobre tus alas de oro y armiño me elevo a los espacios luminosos entre mil torrentes de inefables venturas... Pero, ¡ay!..»

BER. ¿Qué te pasa? (Levantándose.)

CAS. Na; es don Guillén que se lamenta. La verdad es que la situación de este don Guillen es terrible.

BER. ¿Terrible? ¿Tú qué sabes de eso? Lo terrible es lo que a mí me ocurre.

CAS. ¿A usté?

BER. Si yo supiera escribir... Bueno; con lo que a mí me pasa, hay pa escribir una novela corta la mar de larga. Y tóo sin necesidad,

612773

porque figúrate si yo podía estar bien con lo que me quiere la Florentina y sin hijos.

CAS. Al que Dios no le da hijos, el diablo le da sobrinos.

BER. Bueno, a mí el diablo no me ha dao na, el obsequio se lo debo a mi hermano.

CAS. ¿Y hace mucho que no sabe usté de él?

BER. Mucho, no. Unos diecisiete años na más. En fin, cuando se fué de aquí, tendría la Rosario unos cuatro años y Pepe unos siete.

CAS. ¡Pobrecillos! Bueno, gracias a que usté ha sío un tío que se ha portao como un padre...

BER. Y mi hermano, un padre que se ha portao como un tío.

CAS. Ya, ya.

BER. Y eso que a mí la carga de los chicos no me ha pesao nunca, porque la Rosario ha sío siempre muy buena.

CAS. Y Pepe también.

BER. Ese es regular, tirando a malo. En cambio, la Rosario, no salió así. ¡Qué modosa, qué decente y qué seriecita!

CAS. ¿Y usté cree que en el teatro llegará a ser algo la Rosario?

BER. Eso depende de la suerte. Yo creo que la chica vale; madera hay, ya lo creo; en eso ha salío a mí.

CAS. ¿Usté ha sío aficionao?

BER. Mucho, y he trabajao en el escenario la mar de veces. He sío tramoyista.

CAS. Como que el teatro es la mar de bonito; yo también voy a hacerme del teatro.

BER. ¿Tú?

CAS. Yo, sí, ¿qué hay?

BER. Como no sea pa vender agua en los entreactos...

CAS. Ay, qué rico, que le oiga a usté mi padre decir eso, y se tié usté que mudár de barrio.

BER. Sí, ya sé que tu padre está emperrao en hacerte cupletista.

CAS. ¡Y me hace! ¡Y además en cuanto debute hay un alboroto.

BER. Toma, y heridos.

CAS. Bueno, dejemos esta conversación porque usté no es capaz de comprenderme.

BER. Como quieras.

CAS. Y volviendo a la Rosario, le advierto a usté que está muy colá con ese novio que tiene.

BER. Pero si no es novio, lo más, lo más, es pretendiente. Ese que acompaña a la Rosario alguna vez.,.

CAS. Siempre.

BER. Alguna vez.

CAS. ¡Siempre!

BER. Bueno, tú ganas, ese que la acompaña siempre como tú dices, es un compañero del teatro.

CAS. Si ya lo sé, le vi trabajar un domingo que fuí con la señá Florentina, a llevarle la cena a la Rosario; es el galán de la compañía.

BER. El mismo, ¡vaya un tío con suerte! El otro día me dió envidia, le vi trabajar en una obra en la que tié que dar un beso a la actriz.

CAS. Sí, en el primer acto.

BER. Pues se lo dió en un carrillo; figura que es el marido, sabes, que se despide de su mujer, porque tié que ir a un asunto a Valladolid; bueno, pues se despidió como si se fuese a Filipinas.

CAS. Puede que a la Rosario no le guste que sea tan cariñoso.

BER. A la Rosario, le tié eso sin cuidao, y deja a la Rosario y ocúpate de ti, que más fácil es que se burle de ti Pepe, que de ella el galán. (Mirando a la calle.) Arrea, el señor Lorenzo viene por allí, y el puchero sin arreglar, ¡me la he ganao!

CAS. Ahí le dejo a usted con el señor Lorenzo, no quiero presenciar la bronca. (Mutis a la verdulería.)

BER. ¡Adiós, *chanteuse!* (Se sienta precipitadamente y coge el puchero.)

ESCENA II

BERNABÉ y SEÑOR LORENZO que entra por la calle izquierda

LOR. ¡Hola!

BER. (Disimulando.) ¡Hola!

LOR. ¿Has arreglao eso?

BER. (Haciéndose el sordo y aparte.) (¡Pero que me la he cargao! Me haré el sordo.)

LOR. Pero, ¿no oyes?... ¿Que si has arreglao ya el pucherito?... (Con guasa.)

BER. (¡Malo! Viene con ganas de bronca. Pues yo no me achico.) (A Lorenzo.) El pucherito hace ya un ratito que está acabadito. (¡Qué caponcito me va a dar!)

LOR. ¿De modo que podrá servir?

BER. Hombre, según a lo que pienses dedicarlo. Si has pensao en él como decorativo, no le falta más que un lazo en el asa; ahora, si piensas dedicarlo a los labores propias de su sexo, pué que no te sirva porque tié otras miras más elevás. (Mirando al cielo por el fondo del puchero que estará agujereado.)

LOR. ¿Qué miras?

BER. ¡El paisaje!

LOR. (Cogiendo el puchero.) Pero, ¿qué es esto?

BER. A mí me parece un agujero, ¿y a ti?

LOR. ¿Y este es el arreglo? ¡Maldita sea!

BER. Pue que luego con el calor y el agua se esponje y se cierre.

LOR. Mira, cállate; cada día eres más inútil.

BER. (Hoy viene arrollador.) Ya me callo.

LOR. ¿Ha venío alguien?

BER. Uno.

LOR. ¿Y qué quería?

BER. Venía a ver si teníamos una motocicleta, pero se conoce que lo ha pensao mejor y se ha llevao unos zorros.

LOR. Venga el dinero de la venta.

BER. No ha pagao con dinero; ha sío un cambio, me ha dejao este despertador. (Cogiendo uno que habrá cerca.)

LOR. (Examinándole.) A verle... Pero, si esto no vale na. La cuerda rota, el cristal hecho cisco y tó abollao. ¿Y esto es un despertador? ¡Qué ha de ser!

BER. Eso le he dicho yo, pero me ha contestao que es muy seguro y que a él no le ha fallao nunca. Dice que el día que se tenía que levantar a las siete lo decía en su casa y a las seis y media empezaban a darle con él en la chola y nunca se le ha hecho tarde.

LOR. Pues mira, no le vendas, desde mañana te voy a llamar con despertador.

BER. (A que voy a tener que dormir con chichonera á mis años...)

LOR. Y mucho ojo con la tienda; si viene alguien avísame, estoy ahí en el cuatro viendo unos muebles. (Mutis por calle derecha.)

ESCENA III

BERNABÉ solo

Na, que me estoy viendo en la calle. Cuidao que tengo pata. A mí las colocaciones, no me duran arriba de dos meses. (Mirando hacia la izquierda.) Allí viene la Rosario. Y con el galán. Pa mí que la Casilda tié razón. Observaré desde dentro. (Mutis al interior de la trapería.)

ESCENA IV

ROSARIO y ALBERTO, que vienen juntos

ROS. Sí que es usted caprichoso, hijo mío.

ALB. ¡Mucho!

ROS. (Deteniéndose en el término por donde entra.) ¿Hay bastante ya?

ALB. Todavía no. Observo que es usted poco generosa.

ROS. Y usted demasiado pedigüeño.

ALB. Yo he dicho que quería acompañarla a usted hasta el mismísimo portal ¿Está esto claro?

ROS. ¡Como la luz!

ALB. Y el portal está allí. ¿No es aquel su portal?

ROS. Usted sabrá. ¿No lo conoce usted?

ALB. Retratado lo tengo, Rosario, aquel es. Y por lo tanto, hasta allí he de llegar hoy.

ROS. Está bien. Sea lo que usted quiera.

ALB. Así me gusta.

ROS. A mí no. Siempre se sale usted con la suya, porque abusa usted de mi bondad.

ALB. ¿Que abuso?

ROS. No tiene duda. Desde que empezó usted a acompañarme, cada día me ha ganado una esquina. Acuérdese usted. En Antón Martín nos despedimos el primer día. ¡En Antón Martín!

ALB. Sí, hija, sí, en Antón Martín, lo recuerdo.

ROS. Pues ya estamos en la Ronda.

ALB. Me parece muy bien.

ROS. A mí no. Pero en fin, ya se va usted a tener que conformar, porque hemos llegado al límite.

ALB. Todavía no.

ROS. ¡Ah! ¿Me va usted a disputar la escalera?

ALB. Rellano por rellano.

ROS. ¡Imposible!

ALB. Rellano por rellano, hasta que usted y sus tíos de usted me abran de par en par la puerta de su casa.

ROS. Va usted muy deprisa.

ALB. Acostumbrado a viajar en rápido...

ROS. ¡Qué horror! ¡El rápido! No me gustan esos trenes de las grandes velocidades. Me parecen trenes hechos exprofesos para los desesperados o para los que huyen o para los que quieren pasar deprisa, muy deprisa, sin que les haga detener un afecto, un recuerdo, un deseo.

ALB. No, si yo no viajo en rápido por pasar deprisa, sino por llegar pronto. Y cuando llegue a donde quiero llegar, entonces me detendré para siempre, tanto, tanto, que ya no viajaré nunca ni en los trenes tranvías.

ROS. Está bien. Todo eso está bien. Pero...

ALB. ¿Pero qué?

ROS. Pero váyase usted.

ALB. ¡Ya!

ROS. ¿No querrá usted que le invite a subir?

ALB. No lo espero, pero no lo rechazaría.

ROS. Pues como no ha de ser, márchese ya. Quiero que le vean a usted por aquí lo menos posible.

ALB. ¿Por qué?

ROS. No sabe usted lo que le gusta a la gente de este barrio criticar.

ALB. ¡Ah! ¿Sí? ¿Y qué podrían decir de nosotros?

ROS. Dirían lo que no es.

ALB. Que somos novios.

ROS. Eso.

ALB. ¿Nada más? Pues benditas sean todas estas gentes que saben adelantarse a la realidad pero que no pueden adelantarse a mis deseos. Antes de que ellos lo digan lo he pensado yo. Y benditas todavía más, porque saben concederme lo que quiero. Debía usted aprender de sus vecinas, Rosario.

ROS. Soy mayorcita ya para ir al colegio.

ALB. Pero, ¿por qué es usted tan arisca? ¿No sabe usted que la quiero mucho?

ROS. Estoy dispuesta a creer que usted me quiere mucho. No hay en el mundo una sola mujer que no se crea capaz de despertar una gran pasión. Pero como no soy una niña loca, comprendo la distancia que hay entre nosotros. Usted tiene un nombre y un puesto en la vida. Es usted el galán de un teatro de primera categoría. Yo no soy más que una racionista. Mientras a usted le reparten papeles de catorce pliegos, yo digo nada mas: «El baño está dispuesto, señorita», «señor Conde, esta tarjeta», «señora, los señores de Tal». Un trabajo muy lucido, como usted ve. Aunque esté afónica, el público no tiene tiempo de notarlo.

ALB. Muy bien. ¿Y todo eso qué importa?

ROS. Mucho. Que yo no debo, aunque usted me quiera, aunque le quisiera yo, ser un estorbo para el porvenir de usted. Me moriría de angustia si, para contratarnos juntos, tuviese usted que imponerme a fuerza de sus propios méritos. No, no he nacido yo para remolque. Quién sabe. ¡Si algún día yo triunfase y tuviera un nombre propio!

ALB. ¡Llegará ese día!

ROS. ¡Usted cree!

ALB. Estoy seguro. Y mientras, déjeme usted que la quiera y no quiera usted a nadie. ¿Acepta usted el compromiso?

ROS. Acepto.

ALB. ¿Palabra?

ROS. Palabra.

ALB. Venga esa mano.

ROS. Tome usted.

ALB. Si el triunfo llega, la recordaré a usted su promesa.

ROS. Pero si no llega nunca, no será nunca.

ALB. Conforme.

ROS. Pero suelte usted, hijo mío.

ALB. Comprenda usted que este apretón de manos era la firma del contrato.

ROS. Sí, pero a lo que se ve, usted firma con catorce apellidos. ¡Uy, qué atroz! Si hasta me duele...

ALB. ¿De verdad? Deme usted. Con un beso se cura.

ROS. ¿Qué va usted a hacer?

ALB. A poner la rúbrica.

ROS. Déjese de rúbricas. Conque se conozca la letra basta.

ALB. ¿Va usted a ir luego al ensayo de *El agua del Jordán?*

ROS. Sí.

ALB. Entonces hasta luego.

ROS. Adiós. (Se despiden; él hace mutis por donde vino. Ella espera un momento en el portal hasta verla marchar y luego entra.)

ESCENA V

BERNABE y luego NEMESIO, que sale del portal bastante borracho y cargado con un palanganero completo, de lo más baratito posible.

BER. Lo dicho, la Casilda ha acertao; pa mí que estos dos andan jugando a los novios. Bueno, yo estoy tranquilo porque la Rosario es más *incorrutible* que una romana de esas que no son caprichosas; pero la gente es muy mala y lo mismo que la ve la Casilda la puen ver otros, y como den en murmurar...

(Se oyen voces dentro del portal y luego la voz de Nemesio que dice desde la puerta.)

NEM. ¡Que no me da la gana! (Saliendo.) ¡Tendría que ver!

BER. ¿Qué te pasa, hombre?

NEM. Una friolera, como quien dice. ¡Tendría que ver!

BER. Pero, ¿con quién ha sío la interviú?

NEM. Con mi señora, hombre, que se cree que a mí me va a gobernar. ¡Tendría que ver!

BER. Pero, ¿qué te ha hecho?

NEM. Pues ná, que sin consultarme tan siquiera, se me ha descolgao esta mañana con este aparatito, que dicen que es pa lavarse y que sin consultarme tan siquiera, va y me lo instala al lao del catre pa darme una sorpresa.

BER. ¿Y te la ha dao?

NEM. Calcula. Colocarme a mí eso; a mí, que to lo que *güela* a agua me subleva. A mí, que no me cabe en la cabeza que haiga quien se asuste y le den agua pa que se le pase.

BER. Pues yo no sabía que eras enemigo personal del botijo.

NEM. (Indignado.) ¿Quiés no nombrarle? No te lo querrás creer, botijo que veo, como yo pueda, la arreo una patá.

BER. Bueno, pero, ¿adónde vas con eso? (Señala al palanganero)

NEM. Aquí venía por si me lo comprabas.

BER. (Examinándolo.) ¿Cuánto quiés por él?

NEM. En lo que me des es tuyo y m'haces un favor.

BER. ¿Quiés sesenta céntimos?

NEM. Vengan. Estoy deseando soltarlo.

BER. (Dándole el dinero.) Toma, y que te lo den con seltz.

NEM. Adiós y gracias. (Hace medio mutis por la bocacalle de la izquierda, retrocede un poco de espaldas y y viendo el letrero de la taberna hace mutis precipitadamente.)

BER. (Sentándose con señales de galvana.) Bueno, dos horas antes de comer me entra un sueño que no se me quita hasta dos horas despues de haber comido, y del único modo que me se quita es durmiendo. Esto debe ser del estómago. (Se estira y bosteza, sorprendiéndole en esa actitud Florentina, que sale del portal.)

ESCENA VI

BERNABE y FLORENTINA, que trae un botijo en la mano

FLOR. Hombre, menos mal que te encuentro un día descansando.

BER. Ironías, no; porque en este momento me sentaba.

FLOR. Pues yo no me he sentao en toda la mañana.

BER. Bueno, es que a vertiginosa te ganan a ti pocas.

FLOR. Y a ti a ganso no te gana ninguno.

BER. Bueno, ¿ese adjetivo de pluma es ofensivo o me lo has soltao como piropo?

FLOR. Pa piropos estoy yo... ¿Has visto a Pepe?

BER. Hoy no.

FLOR. ¿Y ayer?

BER. Ayer me paece que tampoco.

FLOR. Tú, como no te preocupas de na de la casa, no te fijas en lo que sucede.

BER. ¿Pero sucede algo?

FLOR. Ahí es na, desde el sábado, y hoy es miércoles, no se le ha visto el pelo al señorito.

BER. Después de tóo es mejor no verle, así te ahorras disgustos.

FLOR. Lo de verle o no me tié sin cuidao; ¡ojalá no volviera!

BER. Entonces, no te preocupes, déjalo.

FLOR. Lo que a mí me preocupa es que su desaparición ha coincidido con la desaparición de un billete de cinco duros que guardaba yo como oro en paño.

BER. Te está bien empleao, por dejar el dinero en cualquier parte.

FLOR. Pues anda, que no estaba escondío ni na; ¡si es que lo reg strá tóo!

BER. Otro día me lo das a mí.

FLOR. Y te lo quita igual.

BER. ¿A mí? Vamos, anda; a mí no me lo pué quitar, porque me lo gasto.

FLOR. Pa el caso viene a ser igual.

BER. No, igual no; porque si me gasto el dinero no me lo pué quitar y siempre te ahorras una mala acción. (Fijándose en la bocacalle de la derecha.) Mira: por ahí viene. Calla.

ESCENA VII

DICHOS y PEPE

Bernabé y Florentina se quedan mirando a Pepe que avanza contoneándose con chulería y que al pasar por delante de ellos saluda, llevándose la mano a la gorra sin decir una palabra. Bernabé y Florentina quedan absortos viendo cómo Pepe se dirige tranquilamente a la taberna y antes que llegue a la puerta Bernabé dice

BER. ¡Es un *iceberg!*

FLOR. (Queriéndose irse hacia Pepe sin conseguirlo, porque la sujeta Bernabé.) ¡Es un ladrón!

PEPE (Que oye la frase al pasar el umbral de la taberna, se vuelve tranquilamente.) ¿Me llamaba usté?

BER. Yo, no; pero tu tía tengo una idea de que te ha llamao ¡ladrón!

PEPE ¿A mí?

FLOR. Sí; a ti.

BER. Bueno, perdónala; tu tía no sabe lo que se

dice; yo tengo la seguridad de que lo que ha querido llamarte ha sío canalla.

PEPE (Con sorna.) ¿Quiere usté tomar un vermut?

BER. Gracias, yo tomo el vermut con anchoas, pero no con sirvengüenzas.

PEPE Yo lo tomo con seltz; si apetece lo tiene usté pagao. (Pepe hace mutis tranquilamente a la taberna.)

ESCENA VIII

FLORENTINA y BERNABE

FLOR. ¡Vaya un sobrinito que nos ha dao Dios!

BER Tó no ha de ser bueno; en cambio, ahí tiés a su hermana que es una bendición.

FLOR. Hace un rato que ha subío.

BER. Sí; ya la he visto.

FLOR. Algo le pasa a Rosario, porque la he notao muy distraída.

BER. Pué que tenga la culpa el novio.

FLOR. No tendría na de extraño, porque está en la edad. A sus años ya te zurcía yo los calcetines.

BER. ¡Qué lástima que no hagas ahora igual, que llevo ca tomate!

FLOR. Calla, no sea que pagues tú el humor que tengo, y anda, vete a la fuente y tráete el botijo lleno.

BER. Pero, mujer, ¿y la trapería?

FLOR. Yo tendre cuidao.

BER. Bueno. (Coge el botijo y hace medio mutis por la izquierda.) (Vaya un genio que está echando.)

FLOR. Y no tardes.

BER. (Volviéndose.) Según la gente que haya en la cola.

FLOR. Anda a la cola.

BER. Esta me pega. (Hace mutis por la bocacalle de la izquierda.)

FLOR. (Gritándole.) No tardes, que he dejao las judías a la lumbre. (Pausa.) ¿Y por qué otra cosa he bajao yo? (Pensando.) ¿Por pimentón? No. ¿Por sal? Tampoco; tengo sal bastante. ¿Ajos? Eso, diez de ajos; voy a casa de la señá Pascuala y de paso le haré una visita. (Mutis a la verdulería.)

ESCENA IX

El SEÑOR DAMIÁN y DON MANUEL. Entran por segundo izquierda.

DAM. ¿De modo que usté cree que la chica llegará?

MAN. Esa chica llega y se pasa. Cuando debute Casilda, pué usté ir cerrando la verdulería.

DAM. Lo malo son los ensayos.

MAN. Claro, como que hay que hacerlos sin que lo sepa su madre. Pero, ¿por qué se opondrá la señá Pascuala?

DAM. Manías; le ha dao porque la chica no sirve.

MAN. ¡Que no sirve! Menudo exitazo va a tener. ¡Antes de un mes la hacen tiras!

DAM. ¿Cómo tiras?

MAN. Sí, hombre, por la calle, y con cada letra como la cabeza de usté.

DAM. Las mayúsculas.

MAN. Y las otras; se lo dice a usté su maestro. Hay que ir pensando cómo se va a llamar.

DAM. ¿Que le parece a usté «La Verdulerita?»

MAN. No está mal, pero no es cartelero Hay que buscar un nombre más eufónico.

DAM. Sí, algo de bella, ¿verdad?

MAN. No, tampoco me gusta; eso de Bella ya está muy gastao. Mire usté, eso del nombre se lo diré yo a Mollete.

DAM. ¿Quién es Mollete?

MAN. Un muchacho que escribe cuplés, y que es el que suele bautizar a toas las estrellas; además es cuestión de poco, con unas cinco pesetas que le demos, es decir, que le dé usté... se le ocurren nombres graciosísimos; las bautiza con mucha sal.

DAM. ¿Dice usté que un duro?

MAN. Sí, cinco pesetas, no suele llevar más. Ahora le veré yo, estoy citao con él. Por cierto que anoche me leyó un cuplé, que a Casildita le iría como anillo al dedo; se titula «La boda», y creo que se lo va a dar a la Bella Matusalén; como paga bien, se lleva lo mejorcito que se hace.

DAM. ¿Y ese cuplé no podía ser pa mi chica?

MAN. Ya lo creo.

DAM. ¿Cuestión de cuánto?

MAN. Yo creo que se lo dejaría en veinte pesetas.

DAM. Ahí van cinco duros. Cuatro pa «La boda» y uno pa el bautizo. La Bella Matusalén que cante el «Alirón».

MAN. (¡Este tío es una mina!)

DAM. (Mirando a la puerta de la verdulería.) La Casilda nos ha visto y sale. A ver si pueden ustés ensayar algo.

MAN. Usté vigile, que se hará lo que se pueda.

ESCENA X

DICHOS y CASILDA

CAS. Hola, padre.

DAM. Hola, hija.

CAS. Felices, don Manuel.

MAN. Hola, monada.

DAM. (Mirando entusiasmado a su hija.) ¡Qué tipo tiene! La Goya, a su lao, es un bolchevique.

MAN. Bueno, vamos a ver si aprovechamos el tiempo. Mucho ojo, señor Damián.

DAM. Estar tranquilos; en cuanto asome la Pascuala tiraré una patata pa avisar. (Se coloca junto a la verdulería.)

MAN. Te decía ayer que en la cupletista lo de menos es la voz.

CAS. Sí, señor, decía usté que casi lo más importante es el modo de accionar y de moverse.

MAN. Justo; para cantar cuplés hace falta mucha desenvoltura, movimientos suaves, flexibles, coquetones. A ver esos brazos.

CAS. (Hace movimientos imitando las cupletistas malas.) ¿Así?

MAN. No va mal. A ver las piernas.

CAS. (Se levanta cómicamente las faldas.) ¿Así?

MAN. Bueno; con las piernas vas a tener el primer éxito. Vamos a conjuntar; procura al mover brazos y piernas que los movimientos sean naturales.

(Casilda hace unos movimientos, como se indica, pero sin flexibilidad.)

DAM. (Desde la puerta.) A mí me parece eso de epiléptica.

CAS. Es que sin música no se pué hacer más.

MAN. Tiene razón. Mira, para que tu padre se vaya dando una idea, marca el paseo y luego tararéale un cuplé del repertorio. Tararee usté

un pasodoble, señor Damián. (Damián y don Manuel tararean un pasodoble, mientras Casilda simula el paseo con toda la asadura posible.) Claro que ahora no luce sin música y vestida así, pero cuando ésta se ponga el mantón y salga de paseo...

DAM. Se la comen, sí, señor.

MAN. Vamos, Casilda, ataca el cuplé.

(Casilda canta un cuplé cualquiera de los más conocidos del repertorio, con más asadura que el paseo, y el señor Damián tira una patata.)

CAS. ¿No le ha gustao?

DAM. ¡Es que sale tu madre!

MAN. Entonces no me detengo. (Mutis rápido por segundo izquierda.)

DAM. Como nos haya visto ya puedes ir por árnica.

CAS. Yo no me espero aquí. (Mutis segundo derecha.)

DAM. Ni yo; voy a beber agua, que me he asustao. (Mutis a la taberna.)

ESCENA XI

SEÑA FLORENTINA en la puerta de la verdulería como si hablase con alguien dentro, y con unos ajos en la mano. Luego el SEÑOR BERNABÉ

FLOR. No salga usté, señá Pascuala, no se moleste. Adiós. (Florentina mira a la trapería) Y Bernabé sin venir. ¿Se habrá ido por el agua a Mondariz?

(Entra Bernabé con el botijo, y sin dejar hablar a Florentina, para evitar que le riña.)

BER. Vas a decirme que he tardao. Lo estoy viendo; pero yo no he tenío la culpa, había una cola la mar de larga. En fin, pa tomar vez he tenío que ir en el cangrejo. (Deja el botijo en la puerta de la trapería.)

FLOR. Ya baja la Rosario.

ESCENA XII

DICHOS y ROSARIO

ROS. Aquí estoy, sí. ¿Qué pasa?

BER. ¿Qué va a pasar? ¡Que da gloria verte!

FLOR. ¡Lo mismito que su hermanito!

BER. ¡Igual! Valiente perro está el tal hermanito.

ROS. ¿Qué le ocurre a mi hermano?

BER. Nada, hija, esa es la lástima, que no le ocurre ná. Hay por ahí un microbio muy raro que dicen que le endiña a uno la gripe; hay cada chaufer que tié colecionaos en un album los atropellaos que ha hecho en esta vida; hay tranvías que pone a la gente a la jardinera; pues bien: ni el tranvía, ni el chanfeur, ni el microbio, se han fijao en tu hermanito. Ya ves si tenemos mala sombra.

ROS. ¿Pero por qué le quieren ustedes tan mal?

FLOR. ¿Pero cómo le vamos a querer? ¿Has conocío tú un golfo más golfo? ¿Sabes de alguien que sea más sinvergüenza que él?

BER. Si lo sabes, dilo, porque podíamos poner una academia.

ROS. Bueno, dejen ustedes esa conversación que no me gusta.

FLOR. ¿Te vas al ensayo?

ROS. Sí.

BER. ¿Y qué ensayan?

ROS. Una obra que se estrena mañana. Se titula *El agua del Jordán.*

BER. ¿Es de amores? Porque si es de amores voy.

FLOR. ¿Trabajas tú?

ROS. No. Es decir, sí. Mejor dicho, no.

BER. ¡Caray! ¿En qué quedamos?

ROS. Le diré a usted. En el último acto le da un accidente a la dama, ¿saben? Los que están en escena gritan, piden auxilio, acuden los criados, y yo entro con un vaso de agua y digo: «¿Se ha desmayado? Pobrecita.» Y nada más.

BER. ¡Muy bien! ¿Has visto, Florentina? ¡Cuidao que se sabe bien el papel!

FLOR. ¿Y por qué vas tan temprano al ensayo?

ROS. Por afición. Desde que estoy en el teatro no he faltao jamás a un ensayo. Viendo ensayar a mis compañeros, aprendo yo. Y cuando me gusta un papel, de memoria llego yo a sabérmelo solo de oírselo decir a la otra. ¡Qué ganas tengo de representar un papel bonito! El que hace en esta obra la Morales es precioso. No tiene más que dos escenas episódicas, pero es precioso. ¡Oh, ya lo creo! con dos mutis que son dos aplausos.

FLOR. Oye, tú, ¿qué son mutis?

BER. Deben ser dos lunares.

FLOR. No te preocupes, hija, que algún día llegarás tú arriba, y te aplaudirán y hablarán de ti los papeles.

BER. ¡Ya lo creo que hablarán! Con los conocimientos que tengo yo entre la gente que anda en los periódicos.

FLOR. ¿Tú?

BER. Yo. Pues ahí es ná. Ni una hora hace que me estao tomando unas medias copas mano a mano ná menos que con un repartidor de *El Liberal*. ¡Cosa que yo le pida a ese!...

FLOR. Vamos, ¡que te dé el aire!

ESCENA XIII

DICHOS y ALBERTO

Alberto entra precipitadamente, y sin reparar en los que hay en escena, se dirige al portal

ROS. ¡Alberto! ¿Dónde va usted?

ALB. ¡Ah, perdón! No la había visto. A buscarla venía.

ROS. ¿A mí?

ALB. Sí.

ROS. Pero, ¿qué pasa?

ALB. Déjeme usted respirar.

BER. Viene usted sofocao. ¿Quiere usted un bock de Lozoya?

ALB. Gracias. No bebo.

BER. (Igual que el Nemesio.)

ROS. Hable usted.

ALB. Ya sabe usted que mañana es el estreno de *El agua del Jordán*. Pues bien, se ha puesto mala la Morales. Figúrese el revuelo que se ha producido. Se ha hablado de suspender el estreno, y yo entonces... yo... bueno, yo no sé si he hecho mal, pero yo he dicho que usted hacía mañana el papel de la Morales.

ROS. ¡Yo! ¡Dios mío! ¿Pero qué ha hecho usted? ¡Eso es imposible!

ALB. ¿Imposible? ¿Por qué?

ROS. Eso puede ser mi ruina. En Madrid, con el

público tan exigente, con la crítica. Así, tan de pronto... sin ensayar casi... ¡Oh, no, no!... ¡Nunca! Es demasiado. Me machacan, seguro.

FLOR. ¿Que te machacan?

BER. ¿A ti? Yo voy al teatro mañana y me llevo un despertador que tengo ahí y al primero que se meta contigo, le suena el timbre en el cerebelo.

ALB. Perdóneme usted, pero yo sé que usted conoce el papel, las escenas, las situaciones... No tiemble... No sea usted cobarde... Juéguese a una carta el porvenir.

ROS. Pero... Dios mío... Si no puede ser... Si fracaso, ¡qué horror! No me desquitaría ya nunca.

ALB. Pero si triunfase, el porvenir conquistado en un momento de acierto o de valor. No vacile usted, Rosario. ¿Hay que luchar, pues se lucha heroícamente hasta el sacrificio, hasta la muerte. La victoria no es patrimonio de cobardes.

ROS. ¡Cierto! Y además, ¿qué soy yo ahora? Nadie. ¿Qué valgo yo ahora? ¡Nada! Pues si nada valgo y nadie soy, ¿qué expongo? ¿Qué puedo perder con el fracaso? ¡Nada! ¡Oh, no hay duda! El valor de los que nada tienen que perder es inmenso. ¡Vamos!

FLOR. ¡Hija mía!

ROS. Deme usted un beso, tía. Y usted un abrazo.

BER. No te acobardes.

ROS. ¡Adiós! ¡Vamos!

BER. Y que te pongas los dos mutis.

ALB. ¡Vamos! (Mutis los dos.)

ESCENA XIV

FLORENTINA, BERNABÉ y NEMESIO

FLOR. ¡Qué criatura más valiente!

BER Esta chica no ha salido a nuestra familia.

FLOR. ¿Pues a quién?

BER. Esta ha salido a Agustina de Aragón.

FLOR. ¡Adiós!

BER. ¡Adiós!

NEM. (Sale de la taberna tambaleándose y se dirige al por-

tal cuando ve el botijo.) ¡Anda mi madre! ¡Un botijo! ¡Y en mi camino! (Le arrea un garrotazo que hace cisco el cacharro, y el Nemesio hace mutis por el portal.)

FLOR. ¡Arrea! ¿Qué ha hecho ese tío?

BER. ¡Mi abuela! ¡Con lo fresca que hacía el agua!

FLOR. ¡Le araño! ¡Le muerdo!

BER. ¡Déjale! Ha sío una cuestión de amor propio. Es enemigo personal del botijo.

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Interior de un modesto piso en una casa de las llamadas de corredor. Al foro puerta y ventana que dan al corredor, del cual se ve la balaustrada. En la escena muebles pobres y una cómoda. Una puerta en cada lateral.

ESCENA PRIMERA

FLORENTINA y PEPE. Al final PATRO

Florentina limpia las manchas de un chaleco y Pepe está templando una guitarra

PEPE ¡Arrea! Otra cuerda que ha saltao. Oiga usted, tía.

FLOR. ¿Qué te pasa?

PEPE ¡Friolera! Que necesito dinero pa comprar cuerdas.

FLOR. ¿Pa el cuello?

PEPE Pa la guitarra. Una prima y dos segundas.

FLOR. ¿Una prima y dos segundas? ¿Y cuál es el todo de esa charada?

PEPE El todo son dos pesetas.

FLOR. Pues, hijo, di que esa guitarra nos está saliendo más cara que una pianola.

PEPE ¡Caray, qué olor! O se sale usté al corredor a limpiar el chalequito o avise usté a la Casa de socorro.

FLOR. Qué delicao te has vuelto.

PEPE La bencina me ha molestao siempre.

FLOR. Pues desde hoy le limpiaré la ropa a tu tío con piedra pómez, que creo que es inodora...

(Limpiando.) ¡Caray! Y que esta mancha no sale ni con lija.

PEPE — Yo que usté lo dejaba.

FLOR. — Claro, pa que le vean hecho un adán. Y eso que después de tóo se lo merecía, porque no hay otro más guarro que tu tío en el distrito, yo no sé lo que hace, pero estrena un traje y en cuanto se lo pone dos veces, se le vuelve el chaleco de fantasía.

PEPE — Marea el olorcito.

FLOR. — Más mareas tú con con la guitarra. Además, no tiés consideración. Está durmiendo tu hermana y tú ahí, rascando la prima. ¡Vamos, hombre! Después que se pasa la pobre toa la noche trabajando, me paece que tié derecho a que la dejemos dormir.

PEPE — También los demás trabajamos... cuando hay trabajo.

FLOR. — Lo que es en tu oficio hay la mar de huelgas.

PEPE — Bueno, tía, ¿sabe usté lo que la digo?

FLOR. — Prefiero que no me digas na, porque vas a salir por peteneras.

PEPE — Entonces, enmudezco y huyo. (Se levanta, deja la guitarra y se dirige a la puerta del foro.)

FLOR. — Sí; es mejor.

(Al salir Pepe se encuentra con la Patro que trae una cesta.)

PATRO — Hola, Pepe.

PEPE — Adiós, señá Patro. (Mutis Pepe por el foro.)

ESCENA II

FLORENTINA y PATRO

PATRO — (Que se habrá detenido en la puerta, a Florentina.) ¿Se pué pasar?

FLOR. — Sí, hija, sí; pasa.

PATRO — (Oliendo.) ¿Han comprao ustés automóvil?

FLOR. — ¿Por qué lo dices?

PATRO — Por el olor a gasoliña.

FLOR. — Es que estoy de limpieza.

PATRO — ¿Del señor Bernabé?

FLOR. — Del mismo, hija, que un cebón a su lao, es un diplomático.

PATRO — Sí que se las trae el chalequito.

FLOR. — Pues, hija, me da lástima tirarle, porque los botones están nuevos.

PATRO ¿Y el señor Bernabé? Me han dicho que le echaron de la trapería.

FLOR. Sí, hija. Pero ya está colocao. Ahora está en una fonda.

PATRO ¿De huéspede?

FLOR. No, hija. E-tá de intérprete.

PATRO ¿Y está bien pagao?

FLOR. Le dan seis pesetas.

PATRO ¿Y mantenido?

FLOR. No, la comida no entra porque el dueño de la fonda le vió comer un día.

PATRO Pues el señor Bernabé no es muy tragón.

FLOR. No es por lo que come, sino por lo que desperdicia. Fíjate en el chalequito.

PATRO Ya, ya.

FLOR. Y a tóo esto, ¿qué es lo que te trae por aquí?

PATRO Pues he venío a matar dos pájaros de un tiro.

FLOR. Tú dirás.

PATRO El primer pájaro es éste. (Pone encima de la camilla la cesta que trae. Florentina va a ver lo que contiene.)

FLOR. ¿Dátiles?

PATRO Sí, señora.

FLOR. ¿Pa qué te has molestao, mujer?

PATRO Si no es molestia. ¡Qué ha de ser! Al contrario; estos dátiles son pa que hagan ustés el favor de comérselos y me guarden los huesos.

FLOR. ¿Los huesos?

PATRO Sí, señora; cosas de Nemesio. Ya sabe usté que siempre anda inventando cosas pa venderlas luego en las verbenas, y ahora le ha dao por fabricar rosarios con los huesos de los dátiles.

FLOR. Nemesio es muy mañoso.

PATRO Pa tóo.

FLOR. Menos, pa los botijos.

PATRO Esos. no quiere ni que se los nombren.

FLOR. Dímelo a mí.

PATRO Ahora, con esto de los dátiles, nos trae sacrificaos, porque como vende al por mayor los rosarios, necesita muchos huesos, y ha habío días que en casa nos hemos comío seis palmeras.

FLOR. ¡Qué atrocidá! Es pa tomarlos odio.

PATRO A mi cuñao le enseña usté un dátil y le pega un tiro.

FLOR. Lo creo.

PATRO Bueno, quedamos en que hoy se comerán ustés tóos los dátiles.

FLOR. Mujer, tóos no te respondo. Además, has ido a traer una cosa que no nos hace mucha gracia.

PATRO Otro día les traeré a ustés a Ortas.

FLOR. No es por ahí, mujer; pero pués decirle a Nemesio que con los huesos del jamón serrano salen unos alfileteros de primera; te traes un par de jamones por la mañana, y por la tarde ya tiés los huesos pelaos, mondaos y satinaos.

PATRO Bueno, se lo diré. Además, he venío también pa felicitar a la Rosario.

FLOR. ¿Ese es el otro pájaro que venías a matar?

PATRO Sí, señora; he oído leer *El Liberal* en la frutería, y por las cosas que dicen ha debío gustar mucho. ¿Qué ha pasao?

FLOR. Pues que hace dos días se puso mala de pronto una cómica de las de arriba, y cuando tóo el mundo estaba loco porque tenía que estrenarse anoche una obra y nadie se atrevía a hacer el papel, mi sobrina se encargó de él. No estoy enterá bien porque no entiendo de estas cosas, pero el caso es que la Rosario gustó mucho y que la aplaudieron a rabiar y que tóos la dieron la enhorabuena. ¡Vino más contenta! ¡Lloraba de puro contenta!

PATRO Anda, pues cuando lea *El Liberal* se desmaya, porque la pone por las nubes. Y dice que es una gran actriz. Siento que no esté pa decírselo.

FLOR. Está durmiendo porque se ha acostao tarde.

ESCENA III

DICHOS, SEÑÁ PASCUALA y DAMIAN

DAM. ¿Se puede? (Desde la puerta.)

FLOR. Adelante, señor Damián, adelante.

DAM. Es que vengo con la Pascuala.

FLOR. Mejor aún, pasen ustedes, no faltaba más.

DAM. Tú, pasa, que te dejan.

PASC. (Entrando.) Buenos días, señá Florentina: la Rosario supongo...

DAM. (Tapándole la boca.) Enmudece; hasta ahora el permiso que tiés es pa entrar na más; de hablar, no hemos hablao ni una palabra. Tú te sientas y observas, pero meter baza, no.

FLOR. Déjela usté hablar, señor Damián.

DAM. No, señora, no la dejo, que ésta no dice dos concetos seguíos sin ofender.

PASC. ¡Qué tío bestia!

DAM. ¿Eh? Verbigracia, es decir, verbi na más; ahí lo tié usté; un conceto, un insulto.

FLOR. No me explico los disgustos de ustés con la vida que se podían dar, siendo los dueños de la mejor verdulería del distrito.

DAM. Eso sí, del negocio no nos podemos quejar; cada día se vende más.

FLOR. Y más caro.

PATRO Hay que ver cómo está tóo.

FLOR. No pasa un mes sin que se vendan las patatas con estuche.

PATRO Con un negocio así y con una hija tan guapa como tienen.

PASC. Precisamente los disgustos que ahora tenemos son por ella. Le ha dao porque la chica tié que ser cupletista.

DAM. Divete y maquietiste, que no es igual.

FLOR. Si sirve...

PASC. ¡Qué ha de servir! La Casilda sólo sirve pa verdulera, pa verdulera como lo soy yo, como lo fué mi madre.

DAM. ¡Alto ahí! Tu madre fué una rabanera.

PASC. Es lo mismo.

DAM. Además, no vuelvas a decir que la Casilda no tié pinta de chanteuse. Mire usté, señá Florentina; ayer la sorprendí cantando el «¡Ladrón! ¡Ladrón!...» y me dió miedo.

PASC. Como que canta pa matarla.

DAM. Pa comérsela si que sí. Y te advierto, pero muy en serio, que esta semana es la última que la chica vende verduras. Es un crimen truncarla la carrera, dedicándola al ramo de hortalizas, porque se ve en seguida que a la chica no le tiran las patatas.

PASC. Ya me lo dirás en cuanto debute.

DAM. En cuanto debute se pone ganando de ocho duros pa arriba.

PATRO Al mes.

DAM. ¡Al mes! ¡Diarios, toas las noches! Y que el cuplé que la ha enseñao don Manuel, inspi-

rándose en el lunar que tié la Casilda en el homoplato izquierdo conforme se sube, no tié intención ni na. Hay que oir aquello de (El señor Damián se pone a hacer guiños y tararea.) Para mirar—este lunar—hable usté antes—con mi papá. (Dejando de cantar.) Bueno, el que hable conmigo va aviao.

FLOR. No irá mal, no.

PASC. Antes que debute ella, debuto yo.

DAM. Pero ahí tiés a la Rosario, que toos los papeles hablan de ella.

PASC. Pero hablan bien; y de la Casilda hablarían pestes, y el público se metería con ella y conmigo que soy su madre.

FLOR. Vamos, calma, quién sabe; a lo mejor sale por ahí la Casilda quitando moños.

PASC. A alguna parroquiana, puede.

FLOR. ¿Y dónde anda la chica?

PASC. Ahora vendrá.

DAM. Iba a venir con nosotros, pero como a delicá nos da quince vueltas a esta y a mí, se la ha ocurrido ir al puesto de flores de ahí abajo pa traerle un ramo a la Rosario.

FLOR. ¿Pa qué se ha molestao?

DAM. Delicá que es. Me parece que aquí sube.

ESCENA IV

DICHOS y CASILDA que entra con una corona pequeña de siempre-vivas

PATRO ¡Pero chica!

PASC. ¿Pero dónde vas con eso?

CAS. ¡Toma! A coronar a la Rosario. Me ha parecío esto más propio que un puñao de flores.

DAM. Haberla traído de laurel.

CAS. Esta es más bonita.

PASC. Pero esto es pa el día de difuntos, hija.

DAM. Trae pa acá, que en tóo ve tu madre inconvenientes. (Se quita la corbata, que debe ser encarnada, y le pone un lazo a la corona.) ¿Y ahora?

FLOR. Ahora está muy bien; trae que la guarde nó se estropee. (Cogiendo la corona que pone encima de una silla.) Esta se la lleva mañana el trapero.

ESCENA V

DICHOS y BERNABÉ

Bernabé entra vistiendo la levita y gorra propias del intérprete de un hotel

BER. *¡Bon jour!* (Entra, y al encontrarse con la Patro le da un abrazo.)

PATRO ¿Qué hace usted, hombre?

BER. Perdona, creí que era mi señora; ya sabes lo distraído que soy. Además, no tié na de extraño, porque estoy la mar de preocupao.

PATRO Ya me ha dicho la señá Florentina que estaba usté de intérprete.

BER. Que estaba, tú lo has dicho.

FLOR. ¿Qué dices?

BER. Que acaban de darme el cese y un puñetazo, es decir, un puñetazo y el cese, cada cosa en su sitio. El puñetazo ha sido aquí, y con una fuerza de dieciocho caballos.

DAM. ¿Y el cese?

BER. El cese ha sido de lo más injusto, ¿queréis que relate?

FLOR. ¿Pa qué te vas a molestar? El hecho es que otra vez estás en la calle.

BER. ¡Un verdadero milagro! Si me da un dedo más arriba estoy en el depósito.

CAS. Pero bueno, ¿qué ha pasao?

PASC. Hable usted de una vez.

BER. Pues ha pasao lo que tenía que pasar; que la colocación de intérprete me ha durao hasta que me han puesto al habla con el primer extranjero.

PATRO ¿Pero usted no entiende de lenguas?

BER. Ni una palabra.

CAS. Pues hace falta frescura.

BER. No tanto, mujer; yo iba fiao en el sistema de señas que me traigo. Por señas me entiendo yo hasta con Lenine, pero esta mala pata que tengo ha sío la causante de tóo. A las siete de la mañana ya estaba yo en la estación para esperar el exprés. Na más llegar di el golpe. Bueno, el del Palace me miraba la gorra de plato con una envidia que tiraba a odio; no quise ni saludarle; al del

hotel París, sí, le saludé con un *bon jour* que me salió de primera, y al del hotel de Roma le dije *arrivederechi.*

DAM. Y claro, te ha dao un puñetazo por decirle eso.

BER. El de la agresión fué un viajero que vino en el exprés, con una señora que no la describo, por no encelar a la Florentina.

FLOR. ¡Ay, qué rico!

BER. Me acerqué a ellos, y por señas, naturalmente, porque a mí en sacándome del *bon jour* me hago un lío, le dije que mi fonda era de primera. ¿Qué se creyó el tío? Que le piropeaba a la señora, y me dió en las narices con un loro que llevaba en la mano. Total, que al sentirme abofeteado y conociendo mi carácter...

DAM. Sacaste la navaja y...

BER. Saqué una ida pa Pozuelo y me metí en el tren ¡ a que se me pasase.

DAM. Sí que es mala pata.

PASC. Bueno, señá Florentina, nosotros nos vamos, que está la verdulería sola.

DAM. Ya volveremos a felicitar a la Rosario cuando esté levantada.

CAS. Yo vendré a darle un abrazo de compañera. ¡Como las dos vamos a ser artistas!...

PASC. Lo que es tú, sí. Vaya, hasta luego.

PATRO Yo también me marcho.

FLOR. Hasta cuando ustedes gusten.

DAM. Que haiga salú. (Mutis Casilda, señá Pascuala y señor Damián.)

ESCENA VI

SEÑA FLORENTINA y SEÑOR BERNABÉ

BER. Me alegro de que nos hayamos quedado solos, porque te voy a consultar una cosa.

FLOR. ¿Cuál?

BER. ¿Te gustaría que antes de devolver este uniforme, que me hace tan elegante, me hiciese unas postales?

FLOR. Lo que puedes hacerte es un traje.

BER. ¡Me gusta la frescura! ¿Es que pa ti no tié importancia el uniforme ni el plato?

FLOR. El plato, sí. Eso es lo que me preocupa. Pero tú estás hecho un gandulazo.

BER. Florentina, no me provoques...

FLOR. Gandulazo, sí.

ESCENA VII

DICHOS y ROSARIO, izquierda

ROS. ¿Pero qué pasa? ¿Qué sucede?

FLOR. Calla, hija, que lo que es éste nos va a condenar. Tu tío es cada vez más gandul.

ROS. Bueno, déjele usté; hoy no quiero que haya disgustos.

BER. Es que yo trabajo siempre que puedo, y hoy mismo me he jugao la vida por meterme a interpretar.

FLOR. ¡Ojalá la perdieras!

BER. Lo que tú quieres es quedarte viuda.

FLOR. ¡Mira tú si fuera hoy mismo!

BER. Pues dentro de media hora te tocas.

FLOR. ¿Es que me vas a pegar?

BER. No, mujer; es que dentro de un rato puedes salir a comprar las tocas de la viudez, porque vosotras ya sabéis el pronto que tiene el señor Eduardo el tabernero; es de verdadero cuidao. Yo pude comprobarlo la otra noche. Estábamos cuatro amigos jugando al dominó, cuando entra uno y pide un vermut; se lo toma y da media vuelta pa salir a la calle. El señor Eduardo le detiene suavemente, poniéndole las dos manos en el cuello, mientras le dice: Amigo, el vermut importa una perra gorda. Eso será a usted, dice el otro, pero a mí no me importa nada. Oir esto el tabernero y liarse a patás con el bebedor, fué to uno, y cuando quisieron separarlo lo había dejao hecho un guiñapo.

FLOR. ¡Qué bárbaro!

BER. Y pué ser que ya haya merao la víctima.

ROS. ¿Y a qué viene tóo eso?

BER. A que como tu tía no me deja vivir, he pensao en suicidarme.

ROS. No diga usted tonterías.

BER. ¡Tonterías! Ahora me voy a casa del señor Eduardo, y me tomo una comida con café

y licores. De modo que en la taberna se despide el duelo. Porque si por un vermut mata a un hombre el señor Eduardo, por una cena hasta le hace la sepultura. Conque, hasta la eternidad.

ROS ¡Pero tío!

BER. Hasta más allá de la eternidad. (Mutis el señor Bernabé.)

ESCENA VIII

FLORENTINA y ROSARIO

ROS. ¡Pero tío!

FLOR. ¡Déjale, mujer! ¿Tú le haces caso? Tóo eso es coba, ahora que yo me alegraría que no lo fuera y le dieran un buen coscorrón.

ROS. ¡Qué cosas tiene usted, tía!

FLOR. ¡A ver si se cura, hija!

ROS. Déjelo usted que lo que es de hoy en adelante pocas penas vamos a pasar. ¡Estoy más alegre! ¡Más alegre! La alegría no me ha dejado dormir esta noche. Lo que es la fecha de ayer no se me olvidará nunca, no. Estabamos ayer a doce, ¿verdad? Sí, doce. La Virgen del Pilar. No se me olvidará, no.

FLOR. Ni a mí tampoco.

ROS. Lo que he suspirado yo, lo que he deseado que ocurriese esto. Y me lo daba el corasón. ¡Ah, mi corazón no me engaña nunca! Cuántas veces en mis horas de desmayo, porque yo he tenido muchas horas de desmayo en estos dos años que pasé de racionista, cuantas veces ha sido él quien me ha dicho: Espera, confía. Y he esperado con la confianza de que alguna vez había de amanecer el día de mi desquite. ¡Ya lo creo!

FLOR. Naturalmente, como que tú tiés mucho talento.

ROS. ¡Usted sabe qué afición tan grande tengo al teatro, con qué entusiasmo comenzé a trabajar! Pero nada, los autores no reparaban en mí. Es decir, como reparar, si reparaban, pero tarde, cuando ya estaba lleno el reparto con los apellidos de mis compañeras. Todos los papeles que tenían nombre

propio, Laura, Isabel, Joaquinita, Milagritos... todos esos eran para las otras; y al final del reparto, cuando llegaban los papeles anónimos, criada segunda, costurera primera... entonces se fijaban en mí. «Nena, Rosario, tome usted, hija.» Y allí iba yo a recibir una cuartilla que no tenía más que un: «¿Llamaba la señorita?» «Señor, esta tarjeta.» «Señora, el té.» O algo por el estilo.

FLOR. Eso es verdad. Te has pasao dos años que no hay doncella en Madrid que sepa el oficio mejor que tú. Pero ya eres una gran actriz.

ROS No tía, eso no.

FLOR. ¿Cómo que no? *El Liberal* lo dice.

ROS. ¡Si usted supiera qué emoción la mía cuando Alberto me llevó anteayer al teatro! ¡Y él también estaba emocionado! Entramos en el escenario, pálidos los dos. Me miraron con curiosidad todos los que antes me miraban con indiferencia. Ensayé el papel muy nerviosa, porque sorprendía cuchicheos, risitas, comentarios; y el autor me dijo: «No lo has marcado mal, nena; si mañana no te acobardas, podremos salir del paso.» Me indigné. ¿Salir del paso? ¡Oh, no! Yo no quería eso, yo necesitaba mucho más que salir del paso.

FLOR. ¿Y te acobardaste?

ROS. Sí, tía. Anoche tuve un miedo espantoso. Cuando antes de comenzar la función, principié a oir el murmullo del público, empecé a temblar. ¡Qué pálida me puse! Nunca he necesitado yo tanto carmín para ponerme dos rosas en las mejillas. Y comienza la obra en medio de un silencio profundo. ¡Pero qué silencio!... Más miedo me produjo todavía ese silencio que el alboroto de antes. De pronto el segundo apunte me llama: «Señorita Leyva, a escena.» Cuando fuí hacia mi caja de salida me temblaban las piernas, me palpitaban las sienes y tenía en la cara un ardor de fuego. ¡Ah, en ese momento no hubiese necesitado carmín, no! El autor estaba allí, pálido, más que pálido, verde; me cogió las manos y me dijo: «tienes fiebre, hija. Sí, debo tener fiebre, ¡pero usted está

helado!» ¡Como el mármol estaba! Y Alberto también. ¡Ay tía, el público no sabe apreciar el miedo que le tenemos!

FLOR. Sí debe ser un trago, sí.

ROS. ¿Si lo es? Como que en un momento él puede destrozar muchas y muy viejas ilusiones. ¡Prevenida! me dijo el segundo apunte. ¡Valor! Me dijeron unos. ¡Buena suerte! Me desearon otros. ¡Animo, nena! me dijo el autor. ¡A ver si vencemos al monstruo! ¡Fuera! advirtió el traspunte. Y di un paso, un paso nada más, tía, y allá me vi envuelta en muchas luces y delante una cosa negra, terrible, imponente. Hablé, pero con una voz tan ténue, tan apagada que desde las cajas me gritaron: ¡más alto! Hice un esfuerzo supremo, levanté la voz, entoné el papel y al terminar, al marcharme, oí un murmullo. Creí que protestaban, que me iban a patear y caí desmayada en brazos de Alberto que me esperaba. Pero no protestaban, no. El murmullo se convirtió en un aplauso, en un aplauso franco, cerrado, unánime y yo salí a saludar con los ojos arrasados en llanto y el pecho rebosante de alegría. Esto es todo, tía, esto es todo.

FLOR. ¡Hija de mi alma! ¡Qué día tan feliz el de ayer!

ROS. El más feliz de mi vida. Me han aumentado el sueldo. Bien es verdad que también aumentan mis gastos. Ahora mismo tengo que comprar unas medias de seda. Voy a bajar un momento a la calle, tía.

FLOR. ¿Tienes dinero tú?

ROS. Sí.

FLOR. Lo decía, porque si no tienes tú, te quedabas sin medias.

ROS. En seguida subo. (Mutis foro.)

ESCENA IX

FLORENTINA

Esta sí que es una alhaja y no el sinvergüenza de su hermanito. Si el otro fuera como ella, esta casa iba a ser el paraíso.

ESCENA X

FLORENTINA y UN LACAYO, foro

LAC. ¿Se puede?

FLOR. Ya lo creo, pase usté, no faltaba más.

LAC. Esta carta para la señorita Rosario Leyva.

FLOR. Para la gran actriz, ¿verdad?

LAC. Puede, yo no la conozco. Me manda mi señor.

FLOR. ¡Ah! ¡Un señor! ¿Será del teatro, seguramente?

LAC. No, no, señora. Es decir, sí, porque aunque no es del teatro, no sale del teatro. Es el Conde del Zarzal de los Montes.

FLOR. ¿Y decía usté que traía una carta?

LAC. Una carta y esto. (Dándole un paquete.)

FLOR. Y esto ¿qué es?

LAC. Lo ignoro. Mi señor me ha dicho que lo entregara con la carta y que esperase la contestación.

FLOR. Pues va usté a tener que esperar; porque la actriz, ¿sabe usté? la gran actriz, como dice *El Liberal*, ha salío de compras.

LAC. Si no tardara mucho esperaría.

FLOR. Sí, hombre, sí, espere usté y mientras viene, pa que no se le haga muy largo el tiempo, vaya comiéndose unos dátiles. (Dándole la cesta.)

LAC. El caso es que no puedo entretenerme porque está el coche abajo y tenemos que ir a buscar a mi señor, así que luego volveré por la contestación.

FLOR. Como usté quiera; pero usté no se va de aquí sin comerse unos dátiles.

LAC. Muchas gracias, no puedo esperar, tengo prisa.

FLOR. Pues se los lleva usté y va comiendo en el pescante. Traiga, aquí mismo. (Le echa un puñado en la chistera.)

LAC. (Asombrado.) Vaya, muchas gracias y hasta luego. (Mutis foro.)

FLOR. ¡Ah! ¡Oiga! ¡Si no le molesta, guárdeme los huesos!

ESCENA XI

FLORENTINA y luego PEPE, foro

FLOR. Ya empiezan las cartitas. Seguramente será de un admirador. Y está perfumada... No me huele bien esto a pesar del perfume... Pa mí que ese Conde se ha creío que tóo el monte es orégano. Seguramente es una declaración amorosa, con la intención de un miura, porque cuando un señorón de estos se dirige a una cómica es pa... bueno, yo me entiendo. Na, que no me huele bien esta carta... (Oliendo.) ¡Qué bien huele! (Mirando el regalo.) Y esto pué que sean bombones... Como fueran bombones y este tío fuese un sinvergüenza, me los comía todos.

PEPE (Que entra.) Me apostaba dos duros a que un lacayo que me he encontrao en el portal bajaba de aquí.

FLOR. Has acertao, hombre, has acertao; si te pasara igual en el juego no te verías como te ves.

PEPE ¿Quiere usté que dejemos ya lo del juego?

FLOR. Eso debías hacer, dejarlo.

PEPE Peor es jugar con fuego como hace la Rosario.

FLOR. ¿Qué quieres decir, víbora? Que tiés una lengua que ni pa estofao sirve.

PEPE Quiero decir lo que digo; que la niñita se ha vuelto mu pinturera; que presume mucho, y que eso del lacayo me da mu mala espina, porque ya sabe usté que hay un refrán que dice: «El que toma a dar se obliga.»

FLOR. Calla, calla y no hables así de tu hermana; con la honradez que ella tira, tenías tú pa vivir cien años y dar que hablar por tu buena conducta. Bastante sabes tú que tu hermana es incapaz de hacer ná que no esté en su sitio. Además, si a tu hermana la pasa algo, tú y sólo tú tendrás la culpa; porque tú y sólo tú tiés la obligación de trabajar pa ella.

PEPE ¡Habla usté muy bien! ¡La estoy viendo en el Congreso!

FLOR. ¡Y yo a ti en la cárcel!

PEPE ¡Tía!

FLOR. ¡Tío! Digo, sobrino, y perdona; el otro parentesco te iba mejor.

ESCENA XII

DICHOS y ROSARIO, foro

ROS. ¿Pero otra vez riñendo? Siempre están ustedes igual.

PEPE Es que no quiero ver ciertas cosas.

ROS. ¿Y qué cosas ves tú?

PEPE ¿Quieres decirme a qué tiene que venir aquí ningún lacayo de casa grande?

ROS. ¿Aquí?

FLOR. Sí, hija; un lacayo que ha traído esta carta y este paquete.

ROS. ¿Para mí?

FLOR. ¡Para mí iba a ser!

PEPE ¡Anda, explica eso!

ROS. Nada tengo que explicar porque nada sé. Y aunque supiera; ¿de dónde puedes tú levantarme la voz? Da gracias a que yo he nacido buena, porque si no, con los ejemplos que tú me has dado y con lo que me has ayudado nunca a vivir, estaría a estas horas tirada por las calles.

PEPE Pero, ¿usté oye?

FLOR. Y tié razón.

ROS. Natural que la tengo. ¿Qué has hecho tú en tu vida sino gastarme el dinero que yo ganaba, antes en el obrador, y en el teatro después, para ir a jugarle y a gastártelo en copas? ¿Cuántas veces te has preocupado tú de si tu hermana había comido? ¿Y cuántas has pensado en trabajar honradamente para mí, para todos? No seas tonto, Pepe. Puesto que tu vida no tiene remedio, síguela cuanto te plazca, pero no te ocupes de mí, porque yo, para ser decente, me basto sola como me he bastado siempre.

FLOR. Muy bien.

ROS. Deme usté esa carta. (Florentina le entrega la carta que ella abre y lee para sí.) ¡Bah! Siempre lo mismo. Los hombres creen que todas nos vendemos.

FLOR. ¿Qué dice?

ROS. Nada; no tiene importancia. Este... ¿Cómo se llama? (Mirando la carta.) Este Conde del Zarzal de los Montes me expresa el entusiasmo y admiración que mi belleza y mi arte le han producido; así dice: me ruega acepte un obsequio como testimonio de su admiración y me advierte que se considerará muy honrado si me digno cenar con él esta noche después de la función.

FLOR. Ese tío es un sinvergüenza. Bueno, ha hecho bien en mandar al lacayo, porque si viene él en persona, del primer arañazo le borro el título.

PEPE ¿Y qué obsequio te manda?

ROS. No lo sé, ábralo usted, tía. (Florentina abre la caja.)

FLOR. ¡Arrea! ¡Cuántas lucecitas!

PEPE ¡A ver! ¡Lucecitas! ¡Si son brillantes!

ROS. ¡Brillantes! ¡A ver! Ah, sí, es verdad; un pendantif de brillantes.

FLOR. ¿Qué vas a hacer con esto, hija mía?

ROS. ¿Y usted me lo pregunta? Traiga usted. (Lo guarda en el cajón de la cómoda.) Cuando vuelvan por la contestación le entrega usted esa caja, y que le digan al señor Conde, que la señorita Leyva no acepta obsequios más que de su familia y eso el día de su santo, nada más.

FLOR. Abrázame, hija. Más buena que tú no hay otra. ¿Estás viendo tú, boceias?

PEPE ¿La va usted a tomar otra vez conmigo? Vaya, que se alivie. (Mutis foro.)

ESCENA XIII

ROSARIO y FLORENTINA

FLOR. ¡Te advierto que tenemos un piri superior! ¡He echao hasta gallina!

ROS. Hay que celebrar, ¿verdad?

FLOR. ¡Figúrate! Y hoy nos toca más parte.

ROS. ¿Por qué?

FLOR. Porque a estas horas tu tío habrá comido en casa del señor Eduardo.

ROS. ¡Se lo figura usted! El señor Eduardo no le fía ni a su familia.

FLOR. Pues tu tío ha comido. Eso pués creerlo, ahora que tal vez esté en el depósito.

ESCENA XIV

DICHAS y BERNABÉ foro. Bernabé que entra fumando un puro de esos que no tiran

BER. *¡Bon jour, mesdames!* (Chupando.) ¡Qué ladrón! ¡Parece de asfalto!

ROS. ¡Hola, tío!

FLOR. ¡Hola, hombre! Por lo visto no te ha matao el señor Eduardo.

ROS. ¡Qué cosas más raras le pasan a usted! Sale de aquí buscando la muerte y al poco rato vuelve usted fumándose un puro.

FLOR. Es que su verdugo le habrá obsequiao con un habano.

BER. Vamos por partes. Yo no he dicho que esto sea un habano, porque lo más, lo más, es de Calahorra. Y en segundo lugar, que yo no tengo la culpa de tener tan mala pata, porque mala pata es que el señor Eduardo me haya obsequiado encima del gasto que le hemos hecho. Y digo hemos, porque como ya sabeis que soy de poco comer, me he llevao al Rufino con idea de hacerle más gasto.

FLOR. Rufino se habrá portao, porque es un buen amigo tuyo.

ROS. ¡Y un tragón!

BER. No puedo quejarme; el hombre ha cumplido; ha hecho tóo lo posible pa que el señor Eduardo me reventase. ¡De judías sólo se ha comido seis pesetas!

FLOR. Entonces el que se ha suicidao ha sío Rufino.

BER. Total, que comimos estupendamente y después exclamé: Garzón, la facturez, con un acento que quería ser alegre, pero que me salió más triste que un responso.

FLOR. ¿Y qué pasó?

BER. Pues na. Que no hago más que pedir la cuenta y va el señor Eduardo y tapándome la boca me dice: «¿Se quié usted callar? ¡La cuenta! ¿Pero es que no sabe usted que hoy es mi santo y que el día de mi santo los amigos no pagan aquí ni un maravedise? Ahora mismo les voy a obsequiar a ustés con un habano.» Total, que cuando yo creía

que mañana iba a ser el plato del día, «intérprete a la cazadora», nos larga un puro y a la *rue*. Bueno, en esto del habano nos ha estafao. Lo que es, Rufino, entre las seis pesetas de judías y este Enrique Clay, la entrega.

ROS. Es usted célebre. En fin me voy a peinar, que se me hace tarde. (Mutis primero izquierda.)

BER. Las cosas que me ocurren á mí, no le han ocurrido ni a don Quijote.

FLOR. Lo creo.

BER. Vaya, voy a quitarme este uniforme. Tú, Florentina, ven a tirar, pues estos pantalones son muy estrechos.

FLOR. Vamos allá, hombre, vamos allá. (Mutis los dos derecha.)

ESCENA XV

PEPE

(Aparece en la puerta del foro. Mira al interior y entra después. Escucha y observa un momento por si llega alguien. Después se acerca a la cómoda, abre sigilosamente el cajón, se apodera de la caja que contiene el pendantif, se la guarda en un bolsillo, cierra el cajón y sale por la puerta del foro procurando no hacer ruido. Toda esta escena hecha con mucha naturalidad sin ninguna actitud, gesto o ademán melodramáticos.)

ESCENA XVI

ROSARIO y ALBERTO

(Rosario sale con un peinador y un neceser, coloca un espejo sobre una silla junto a la ventana y se sienta en otra silla más baja. Comienza a peinarse. Aparece Alberto en la puerta, ve a Rosario y pasa a la ventana sin entrar en la escena.)

ALB. ¿Es este su tocador?

ROS. ¡Ah, usted! Pues sí señor, este es el departamento de mi toilette. ¡No podrá usted negar que es *chic!*

ALB. ¡No lo niego!... ¿La luna del espejo es Venecia?

ROS. ¡Venecia legítima! Mire usted que aguas hace.

ALB. Del canal.

ROS. Con un poco de buena voluntad hasta se ven las góndolas.

ALB. Y el campanil de San Marcos.

ROS. ¿Pero es que ha venido usted a burlarse de la modestia de mi vida?

ALB. ¡Por Dios! En todo caso a enaltecerla. ¿Acaso cree usted que yo desciendo de príncipes? Mi padre era ebanista.

ROS. ¿Y su abuelo?

ALB. No tengo idea. Los plebeyos no sabemos nunca hallar nuestro árbol genealógico. ¡Claro! Faltan manuscritos, biografías, cuadros... Es rarísimo que alguno de nosotros sepa quién fué su bisabuelo.

ROS. Es verdad.

ALB. Oiga usted, Rosario. La he ganado a usted la escalera; ¿pero me va usted a dejar en el corredor?

ROS. ¡Oh! Tiene usted razón; perdóneme y pase. (Alberto abandona la ventana y entra. Al entrar lanza un suspiro.) ¡Jesús qué suspiro! ¿Trae usted alguna congoja?

ALB. ¡Si supiera usted qué peso se me ha quitado de encima! Ese suspiro puede usted traducirlo del modo siguiente: ¡Por fin! ¡Ya he llegado a su casa! ¡Tres meses me costó! No creía yo que fuese tan difícil llegar a un segundo piso. Todo eso quería decir el susodicho suspiro.

ROS. ¿Y nada más?

ALB. En un suspiro no me cabía nada más. Pero si usted quiere, lanzo otro y se lo traduzco también.

ROS. ¡Veamos!

(Alberto suspira de nuevo.)

ALB. Este quiere decir: «Por fin.» Ella me hizo una solemne promesa para el día que lograra triunfar. Ya ha triunfado. ¿Qué tal le ha parecido a usted este suspirito?

ROS. ¿De modo que ha venido usted...?

ALB. A recoger la palabra que anteayer me dió usted.

ROS. No se descuida usted en cobrar las deudas. Lástima me da de los que le deban dinero.

ALB. No me debe nadie nada, más que usted. Usted, sí. Recuerde nuestro contrato.

ROS. ¿Y si yo me negara a pagar?

ALB. La abrumaría con reclamaciones.

ROS. ¿Y si yo hiciera suspensión de pagos?

ALB. ¡Ojalá! Porque la embargaba.

ROS. Veo que está usted decidido...

ALB. A no perdonar un céntimo. A decirla: ya no puede usted ser un remolque para ningún hombre, cosa que repudiaba su amor propio y su orgullo. Ya tiene usted un porvenir en perspectiva. La condición era esta. El plazo cumplió anoche. Todavía puede agradecerme el deudor las horas que van de anoche a hoy. Señorita, creo que debe usted pagar.

ROS. Y yo debo decir una sola palabra.

ALB. Dígala.

ROS. Que pagaré. (Alberto lanza otro suspiro.) ¿Otro?

ALB. Este no hay necesidad de traducirlo.

ROS. Bueno. Ahora diga usted la verdad. Los tres suspiritos esos los traía usted estudiados, ¿verdad?

ALB. No sé mentir. Me he pasado la noche ensayándolos. ¿Verdad que no me han salido mal?

ROS. Al contrario.

ALB. Por lo menos he tenido un éxito. Y este es el éxito mejor de toda mi vida. Por él hubiera dado todos los que conquisté en el teatro.

ROS. ¿No miente usted?

ALB. Ya he dicho antes que no sé mentir. Y la juro a usted, que si para lograr su cariño hubiera sido preciso hacer el sacrificio de mi vocación y de mi carrera artística, yo hubiera abandonado el teatro.

ROS. ¿De verdad valgo yo para usted más que el aplauso?

ALB. Más que todo en la vida. Y si el triunfo, el aplauso, la gloria, pueden tener hoy para mí un valor preciso, es sólo por poder sentirme digno de usted. Porque este mundo nuestro es tan artificioso, que antes siendo usted la misma mujer, la misma de bonita, la misma de buena, era usted algo inadvertido, sin mérito; un ser más entre el infinito número de los séres anónimos. Y dió usted

un paso firme en la vida y ya es usted otra. ¡Se destacó! Y ahora es realmente cuando comienza usted a vivir. Ahora los elogios, los triunfos, los agasajos...

ROS. Tiene usted razón. Ya he recibido una invitación y un regalo.

ALB. ¿De quién?

ROS. Del Conde del Zarzal. La invitación es a cenar. El regalo un pendantif.

ALB. ¿Y qué ha hecho usted?

ROS. ¡Si viera usted cuánto me adorna el pendantif!

ALB. ¡¡Rosario!!

ROS. ¡Tonto! ¿Pero sería usted capaz de sospechar?...

ALB. ¿Verdad que no?

ROS. Usted mismo lo ha de ver.

ALB. Así, Rosario. Que no te venza nunca ese diablo maldito de la tentación que anda suelto por el mundo. Ten confianza en ti misma.

ROS. Y en ti.

ALB. Y en mí. Y piensa que los dos juntos, por amor unidos, nos bastamos para vencer.

ESCENA XVII

DICHOS y LACAYO, foro

LAC. Buenos días. ¿La señorita Rosario Leyva?

ROS. Yo misma.

LAC. Vengo de parte del señor Conde...

ROS. ¡Ah, sí! Espere usted un momento. ¡Tía! ¿No te dije que lo verías tú mismo?

ESCENA XVIII

DICHOS y SEÑA FLORENTINA, derecha

FLOR. ¿Qué quieres? ¡Ah! ¿Ya está usté aquí?

ROS. Dele usted la contestación.

(Rosario y Alberto quedan hablando junto a la ventana. Florentina va a la cómoda, y mientras habla, busca en el cajón.)

FLOR. Pues le dice usted a su señorito, al Conde ese... de lo que sea, que no me acuerdo ahora. Le dice usted dos recados. Uno de mi so-

brina y otro mío... Oye, Rosario, ¿no lo dejaste aquí?

ROS. Sí, tía, a la derecha.

FLOR. (Mientras busca.) Le dice usted que la señorita Leyva... no acepta... No lo encuentro, Rosario.

ROS. Deje usted. Yo lo buscaré. (Comienza a buscar tranquilamente al principio.)

ALB. ¿Pero qué es eso? ¿No lo encuentras?

(Rosario se acongoja y revuelve nerviosamente cuantos objetos contiene el cajón, hasta que desesperada se vuelve, y apoyada sobre la cómoda, dice ansiosamente.)

ROS. ¡Tía!...

FLOR. ¿Estás segura de que lo pusiste ahí?

ALB. ¡Habla! ¿Estás segura?

ROS. ¡Sí! (Con el aliento casi.)

FLOR. Entonces...

(Las dos mujeres se miran y con la mirada se comprenden.)

ROS. ¡El!

FLOR. ¿Pepe?

ALB. ¡Tu hermano!

(Pausa a juicio de la actriz, hasta que se recobra, se domine a sí misma, y adopta una resolución.)

ROS. ¡Bien! ¡Será mi sino! (Avanza.)

ALB. ¿Qué vas a hacer?

ROS. (Rechazándole.) ¡Déjame! (Al Lacayo.) Dígale usted al señor Conde que esta noche... que esta noche... en el teatro... ¡¡le espero!! (La actriz dice esto devorando sollozos. El Lacayo hace mutis rápido. Alberto, con la indignación de los celos y con la amargura del amor herido, dice:)

ALB. ¡¡Rosario!! ¿Qué has hecho? (Y hace mutis rápido por el foro.)

(Rosario viene a caer de bruces sobre la mesa llorando, y Florentina acude a consolarla.)

FLOR. ¡Hija!

(Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La escena representa el camerino de una artista en un teatro importante. El decorado debe procurarse que demuestre la elegancia de una mujer bonita y artista.

ESCENA PRIMERA

ROSARIO y FLORENTINA

Rosario viste un traje de época, bonito, a gusto de la actriz. Está terminando su tocado. Florentina mezcla un café del cual hay un servicio en el velador

FLOR. ¿Muy dulce?

ROS. Dos terrones.

FLOR. (Sirve en un vaso y se lo lleva a Rosario.) ¡Toma!

ROS. ¿Y dice usted que ha recorrido todos lo sitios donde va él?

FLOR. Todos, pero inútil. Lo único que he podido hacer es dejar recao en todas las tascas donde acostumbra a ir, para que si le ven, le digan que venga. Inútil también, porque ¡en seguida se presenta aquí ese canalla! ¡Mentira parece que podáis ser los dos hijos de la misma madre!

ROS. Bueno, basta; no hablemos más de ello.

FLOR. Callaré, pero si yo le cogiese...

ROS. Y ya lo sabe usted, de esto ni una palabra a nadie.

FLOR. ¿Ni a tu tío?

ROS. En absoluto a nadie.

FLOR. Pero, hija mía, ¿qué vas a hacer?

ROS. Eso es de mi cuenta; no quiero que nadie me aconseje.

FLOR. ¿Ni siquiera yo?

ROS. Ni siquiera usted.

(Pausa breve.)

FLOR. ¿Has visto a Alberto... después?

ROS. No ha venido al ensayo.

FLOR. ¿Y esta noche?

ROS. No trabaja.

ESCENA II

DICHAS y CASILDA; ésta con un paquete

CAS. Aquí está el postre. ¡Uvas! ¡No he encontrao otra cosa!

FLOR. Y habrás tenido que llegarte hasta Valdepeñas.

CAS. ¿Por qué dice usté eso?

FLOR. Porque hace hora y media que saliste a buscarlas. Tenemos ya la cena en los talones.

CAS. Me he entretenido un poco. Anda, qué guapa estás. Me gusta mucho ese traje. ¡Ya lo creo! Como que me tengo que hacer uno igual para algún couplet.

ROS. Deme usted un alfiler, tía.

FLOR. Ahí va.

CAS. Hombre, aquí hay café: tomaremos; ¿has tomado tú ya, Rosario?

ROS. ¡Sí!

CAS. ¿Y usté?

FLOR. ¡Sí!

CAS. ¡Pero cuidao que están ustés mustias! Después del éxito de anoche hoy debía haber aquí hasta castañuelas. ¿No es verdad?

ROS. Sí.

CAS. ¿No le parece a usté, señá Florentina?

FLOR. Sí.

CAS. Sí. Pues parece que no. ¿Es que tienes miedo todavía?

ROS. No. Esta noche voy más tranquila.

CAS. Vaya, pues ustés se animarán si quieren. Oh! Cuando debute yo voy a estar más contenta... Porque me aplaudirán. ¡No faltaba más! ¡Y mucho! (Bebe un sorbo de café.) ¡Uf, qué amargo! ¡Claro, si no le he puesto azúcar! ¿Y dices que este cuarto no es el tuyo?

ROS. No; es el de la Morales. Yo me vestía con otras dos compañeras hasta ayer, que me dijeron que me pasara a este.

CAS. ¿Y el traje es tuyo?

ROS. De la Morales también. Vivo aún de prestado.

CAS. ¡Lo que son las cosas del teatro! Cualquiera diría que el traje es de esa tal Morales. No se le conoce en na.

ESCENA III

DICHAS y el SEGUNDO APUNTE

2.º AP. (Desde la puerta.) Señorita Leyva, usted sigue.

ROS. ¡Voy!

FLOR. ¿Quieres que te acompañe?

ROS. Sí. Venga usted conmigo.

FLOR. ¿Tú te quedas aquí?

CAS. ¡A ver! Tomo café y cuido del cuarto.

ROS. Sí, quédate. (Mutis Rosario y Florentina.)

ESCENA IV

CASILDA y BERNABE

Bernabé entra vistiendo un traje de verdugo de la Edad Media. El traje es encarnado y en la mano lleva un hacha muy grande

BER. ¿Se puede? (Tapándose con la cortina de la puerta.)

CAS. Sí.

BER. ¿Estas sola?

CAS. Sí.

BER. Vuélvete de espaldas.

CAS. Vamos, entre usté, no sea pelmazo.

BER. Que te vuelvas de espaldas.

CAS. (Volviéndose de espaldas a la puerta.) Ya estoy. (Bernabé suelta la cortina y entra.) ¿Se pué mirar ya?...

BER. Mira, pero poco a poco.

CAS. (Se vuelve rápidamente y se asusta al ver la imponente figura de Bernabé con el hacha y casi se desmaya.) ¡Jesús!

BER. Como te sincopes te doy con el hacha pa que vuelvas en sí.

CAS. No se acerque usté, no se acerque usté.

BER. Debo estar imponente.

CAS. ¿Pero por qué se ha vestío usté así?

BER. Porque me gano dos pesetas; una en el segundo acto por salir de verdugo y otra por salir de pobre en el tercero.

CAS. ¿Y por dos pesetas se ha puesto usté así?

BER. Natural.

CAS. ¿Pero cree usté que con dos pesetas va a salir de pobre?

BER. De pobre y de verdugo, ya te lo he dicho; y es fácil que cuando salgo de pobre no se fijen en mí; pero con el hacha doy el golpe.

CAS. ¡Y tanto!

BER. He pensado hacerme del teatro a ver si tengo más suerte.

CAS. Pero si está usté pa matarle.

BER. No, hija; pa matar, fíjate. (Le enseña el hacha.)

CAS. Fijándose bien no está mal del tóo, no; y con ese traje luce usté bien el garbo, ¡hay que ver qué hechuras, qué formas y que...

BER. No me piropees, Casilda, que me estás poniendo colorado.

CAS. Está usté bien, pero debía desnudarse.

BER. He dao mi palabra al jefe de comparsas y ya no pué ser.

CAS. Lo que impone es el hachita.

BER. Eso es verdad; el hachita se las trae; con esta te vas mañana al Retiro, la tomas con los árboles y por la tarde has convertido aquello en un salón pa tomar el té. Y a propósito del té, haz el favor de salir y avisar que me traigan un café.

CAS. Voy, hombre, voy; que siempre está usté pidiendo. ¿Quiere usté algo pa mojar?

BER. Sí; que traigan dos medias.

CAS. Una pa usté y otra pa el hacha.

BER. Como quieras.

CAS. No deje usté el cuarto solo que en seguida vuelvo. (Mutis.)

BER. Descuida.

ESCENA V

BERNABE

Yo creo que me acuerdo de lo que me han dicho: sí. Cuando oiga decir al capitán: ¡Pronto! ¡Verdugo! Es cuando tengo que ati-

zarle. (Da un hachazo.) Voy a tener un éxito. Bueno, es que lo hago la mar de bien; debe dar miedo verme. ¡Pronto! ¡Verdugo! (Otro hachazo.)

ESCENA VI

BERNABE y DAMIAN

DAM. (Desde la puerta.) ¿Se puede?

BER. Ese es Damián el verdulero; le voy a dar un susto. (Se esconde.)

DAM. Me ha dicho la Casilda que por aquí anda Bernabé disfrazado de cangrejo. (Mirando hacia donde está Bernabé como si no le viese.) Debe ser ese; bueno, si no me avisan me llevo el primer susto.

BER. Le voy a dar una broma. (Se acerca a Damián procurando no ser visto.)

DAM. (Sintiéndole llegar.) Pues el susto te lo voy a dar yo.

BER. ¡Pronto! ¡Verdugo!

DAM. ¡Qué es esto, Dios mío! Otra vez las visiones, sí; esto es una visión, yo me muero; el corazón me salta... el vértigo... la cardiaquitis.... la vértiga... (Hace como si sufriese un espasmo cómicamente y queda inmóvil sobre un mueble.)

BER. (Asustado de veras.) ¡Con esto no contaba yo! ¡Mi madre! Yo no sabía que era cardiaco. Bueno, mato hasta en los entreactos. ¡Porque a este le he matao! (Haciendo por reanimar a Damián.) Pues empiezo bien la carrera de teatro: antes de salir un muerto; en cuanto salga al escenario, las cinco primeras filas la diñan. (Acercándose mucho a Damián para ver si abre los ojos.) No abre los ojos.

DAM. (Moviéndose bruscamente.) ¡Uh!

BER. ¡Mi madre!

DAM. Te has asustao, ¿eh?

BER. Un rato.

DAM. Has ido por lana...

BER. Y me has trasquilao, sí.

DAM. Bueno, ¿pero quién te ha vestío de ese modo?

BER. Mi sino, chico; soy comparsa; pero te advierto que ni la Rosario ni mi mujer saben una palabra de que ahora me he hecho del teatro.

DAM. Pues me alegro, porque así pués ayudarme.

BER. ¿Quiés que te recomiende al jefe de comparsas?

DAM. No, hombre, no; yo pico más alto; quiero que intercedas con la Rosario...

BER. ¿Pa qué?

DAM. Pa que me estrene un drama.

BER. ¿Pero tú has escrito una obra de teatro?

DAM. Yo, ¿qué hay?

BER. ¡Pero si tú no sabes escribir!

DAM. A mano, no; pero a máquina y llevándome el dedo, escribo yo hasta el vascuence; además, el drama no le he escrito yo, le ha escrito Donato, el medidor de la taberna del señor Eduardo. Yo le dictao na más.

BER. ¿Entonces le has sacao de tu cabeza?

DAM. De ésta, sí, señor; y entavía me quedan por sacar dos dramas y una zarzuela.

BER. ¿También tiés música?

DAM. ¿Música? ¡A ver si te has creído que soy un acordeón!

BER. ¡Como dices que tiés una zarzuela y que la vas a sacar de la cabeza!

DAM. Naturalmente; pero la música se la tié que sacar otro, yo pongo los cantares na más.

BER. Eso debe ser muy difícil.

DAM. Cuestión de memoria; ya ves, en el drama que quiero que me haga la Rosario, he puesto tóo lo que me ido acordando del *Don Juan Tenorio.*

BER. Oye, el Tenorio es muy bonito.

DAM. Toma, por eso lo he dictao yo; a ver si te has creído que uno es lila; y en la zarzuelita, como el de la música me haga caso, tenemos un éxito; porque le he dicho que ponga la música de *La Verbena de la Paloma,* que ha gustao en todas partes.

BER. Así no os patearán.

DAM. Y si nos patean mala pata; pero por nosotros no habrá quedao.

BER. Eso es cierto. Oye, ¿tú fumas, verdad?

DAM. Si me das un pitillo, sí.

BER. Entonces no fumas, habla.

DAM. Pues na más sino que he pensao tóo eso y me dedico a autor, porque a mí tampoco me tira el verdulerismo. Y respective a la Casilda necesito de ti.

BER. Desembucha.

DAM. He pensao que la Casilda debute hoy.

BER. ¿Dónde?

DAM. Aquí.

BER. Damián, acuéstate y que te pongan unos sinapismos.

DAM. No interrumpas y escucha hasta el final. La cosa está combiná de primera; aprovechando que el teatro está de bote en bote, he pensao lo siguiente: cuando se enciendan las candilejas para empezar el segundo acto y el público esté ya en su sitio, sale la Casilda sin levantar el telón ni na; veintidós amigos que hay en la general le suenan una ovación que hemos quedao en que sea delirante, porque me ha costao cinco duros de copas. Don Manuel, el maestro de la chica, se pondrá como una bala al piano, atacará el cuplé, y aunque el público se quedará algo sorprendido, no tendrá más remedio que aplaudir, porque la chica tié madera; ¿eh, qué te parece?

BER. ¿Y dices que eso lo va a hacer antes de levantar el telón del segundo acto?

DAM. Ese es el momento.

BER. Entonces voy a desnudarme, porque yo no salgo; además, me voy del local, porque yo vengo aquí de verdugo, pero no de bombero, y esto arde esta noche.

DAM. Pero, ¿qué dices?

BER. Na, que iré a buscaros al Hospital de la Princesa.

DAM. El que va a ir a la clínica de urgencia eres tú si te niegas a prestarme ayuda; he dicho que la Casilda debuta hoy y debuta, lo que tú tiés que hacer es proporcionarme ahora mismo un traje aparente para el espectáculo; tié que ser algo descotao, porque quiero que se le vea el lunar.

BER. ¿Y ese lunar hacia dónde cae?

DAM. Poco más o menos por aquí. (Señala en el costado cerca de la cintura.)

BER. Pues entonces conque le compres una faldita y unas medias tié bastante.

DAM. Bueno, pués hacerme ese favor, ¿sí o no? Por dinero no lo dejes.

BER. Hombre, si hay dinero...

DAM. Pues ahí van diez duros.

BER. Vengan. ¡Diez duros! Antes de diez minutos

tié un traje que cuando la vean, se va a creer el público que la Argentinita se viste en el Rastro.

DAM. Eso es lo que quiero.

ESCENA VII

DICHOS y CASILDA

CAS. Ya está avisao el café.

DAM. Sí que has tardao.

CAS. Me he entretenido con una compañera de la Academia que debutó ayer en la Encomienda.

DAM. ¿Cuál?

CAS. La Extremeñita.

DAM. ¡Ah, sí, pobrecilla! Se cree que es la Raquel Meller por lo menos.

CAS. Pues le han dao una grita... Bueno, la culpa se la ha tenío ella. Figúrense ustés que se la ocurre salir con un traje de mora, pero verde rabioso, y no hace más que asomarse y salta un chusco de esos que tanto abundan: «¡Caray, la bella Escarolita!» Puén ustés imaginarse el jolgorio. Pues empieza a cantar un cuplé que dice así:

Soy una judía preciosa
que voy despertando amor,
y me envidia hasta la Osa
Mayor.

Entonces se tié que dirigir al público y decirle a un espectador: ¿Le gusto a usté? Y va el tío y contesta: Me hacen daño las judías. Bueno, ya no dijo ni media palabra más. Se armó un alboroto terrible y se la tuvieron que llevar con un síncope.

DAM. Las hay que deliran. ¿Sabes?

BER. Eso es verdad. Toas se figuran que son Pastoras y la mayoría no sirven más que pa guardar borregos.

DAM. Bueno, ¿arreglamos eso?

BER. Ahora mismo; venir conmigo.

CAS. Yo tengo que cuidar del cuarto.

BER. ¡Qué tontería! Ni que se le fueran a llevar; anda, vente.

CAS. Pues vamos. (Al salir.) ¡No se me olvida lo de la Extremeñita!

BER. Pues eso ha sío un homenaje comparao con lo que a ti te va a pasar.

DAM. Anda, ven, que ahora te lo explicaremos. (Mutis Casilda y Damián.)

BER. ¡Como tengas la suerte de supervivir, te vas acordar mientras vivas! (Mutis Bernabé.)

ESCENA VIII

ROSARIO y FLORENTINA

FLOR. ¡Ay, hija, qué alegría! Cuidao que suenan bien los aplausos.

ROS. ¡Mucho! Oyéndolos, he llegado hasta olvidar. Da un placer tan grande sentirse acariciada por cientos de personas desconocidas, que no tienen el deber de acariciarte, que sus aplausos saben a cariño, a un cariño que viene de lejos y que habla a nuestras almas palabras de sinceridad y que nos inunda de alegría. Créelo, hasta se aprende a olvidar.

FLOR. Bueno, no entiendo yo todos esos requilorios. Lo que digo es que suenan muy bien y nada más.

ESCENA IX

DICHAS y EL CONDE DEL ZARZAL

CONDE Buenas noches, encantadora amiga. ¿Me permitirá usted que la felicite personalmente?

ROS. No lo merezco.

CONDE Modestia no. Esto es un artículo inutil para caminar por la vida. Váyase usted acostumbrando a tener un poquito de orgullo.

ROS. Pero siéntese usted, señor Conde.

CONDE Muchas gracias.

FLOR. Oye, ¿pero este tío es él?

ROS. Sí.

FLOR. Ya me pués ir diciendo dónde quiés que le arree el primer arañazo.

ROS. Váyase usted.

FLOR. Pero...

ROS. Quiero estar sola.

(Florentina vacila, pero ante el mandato imperioso de Rosario se conforma y sale)

ESCENA X

ROSARIO y CONDE

CONDE Su poquito de orgullo, sí. Esta es una cualidad indispensable, porque no habrá pasado desapercibida para usted la indiferencia con que se trata siempre a los modestos.

ROS. Lo experimenté en mi propia vida.

CONDE ¡Oh, no! Usted debía ser modesta entonces. Reflexione usted que el orgullo en los que nada son, suena a pedantería y se les rechaza. El orgullo en los que dieron una muestra siquiera de su mérito, pasa por convencimiento de ese valer y se les tolera. Hasta anoche debía usted ser modesta. Desde anoche puede usted dejar de serlo. El mundo es así.

ROS. ¡El mundo! ¡Siempre esa palabra! Casi estoy dispuesta a creer que eso lo han inventado las gentes para disculparse de muchas cosas indisculpables. ¡De todo lo que nos sucede tiene la culpa el mundo! No. ¡Nosotros que somos malos! Que no sabemos ser ni buenos para conducir, ni caritativos para sostener, ni generosos para perdonar. Y que llenos de flaquezas y de miserias, buscamos con ansia las mismas miserias en los extraños para vengar en ellos las que, por egoísmo, no nos atrevemos a castigar en nosotros.

CONDE ¡Quizás! Pero como no depende de nosotros la redención, debemos cada cual vivir nuestra vida del mejor modo posible. Sin hacer daño a los demás, naturalmente. No creo haber causado nunca, por mi voluntad, un perjuicio.

ROS. ¿A nadie?

CONDE A nadie.

ROS. ¿No hay en la vida de usted ni siquiera un criado privado de su pan por un arrebato de los nervios del señor?

CONDE No tengo nervios. Mis padres me dejaron

tan bien situado en la vida, que no he tenido ni preocupaciones ni disgustos. Por lo tanto, me ha faltado el pretexto para criar nervios.

ROS. ¿No hay siquiera alguna mujer engañada que llore el abandono?

CONDE Eso menos, señorita. Creo haber procedido siempre con las mujeres con un prurito exagerado de caballerosidad. Bien porque nunca me haya sentido enamorado romántico, bien porque jamás me creyera conquistador, lo cierto es que no me hallé en el caso de engañar a una mujer. Yo he propuesto siempre, y ellas, por su libérrima voluntad, aceptaron o desecharon la propuesta. Y si la aceptaron pudieron conservarla el tiempo que les agradó o que les convino, separándonos después muy amigos y despidiéndonos con un efusivo apretón de manos. Casi todas ellas, al dejar de ser... lo que fueron para mí, siguen siendo excelentes amigas mías.

ROS. ¡Es verdad! ¿Qué culpa tiene el que propone, si propone con sinceridad? Pero, sin embargo, puede ocurrir muchas veces que una mujer acepte a la fuerza lo que no aceptaría de grado.

CONDE ¡A la fuerza! No lo creo.

ROS. ¿Duda usted de que las circunstancias manden sobre ella?

CONDE Desde luego. Puede ocurrir eso en los dramas y en las novelas, porque los autores gustan de acumular circunstancias y conflictos. En la vida real, no.

ROS. ¡Pero... figúrese usted, por ejemplo, que una mujer recibe... recibe de un hombre... un obsequio valioso... un fajo de billetes... una alhaja que los valga... lo que sea!... Y que esa mujer quiere devolverlo...

CONDE Pues lo devuelve.

ROS. Sí... pero... Imagínese usted que en un momento de distracción, de abandono... desaparezca el dinero... la alhaja... se la roban...

CONDE Y no ocurre nada. Se denuncia el hecho, se busca al ladrón y los tres personajes de esa aventura quedan cada cual en su sitio. El en su puesto de caballero. Ella en el de su deseo. El ladrón en la cárcel.

ROS. ¡En la cárcel... sí...! Claro... Eso debe ser... Lo natural, lo lógico, es eso... ¡En la cárcel! (Pausa. Rosario vacila y por fin, venciéndose a sí misma, adopta una resolución, y así como podría exclatar en llanto exclata en risa. Riéndose, dice:) ¡Pero qué tonta soy! ¿Qué tonterías digo, verdad? No me haga usted caso... Se me ocurren unas fantasías... (Ríe.) Es usted quien tiene razón.

ESCENA XI

DICHOS y ALBERTO

Alberto entra muy agitado. Trae la mano izquierda vendada

ROS. (Al verle.) ¡Alberto!

ALB. ¿Te sorprende? Que no me esperabas, ya lo sé. Ninguno de ustedes dos me esperaban, pero era preciso que yo viniese. Y me alegro de que nos hallemos juntos y solos. Así podemos ventilar antes y mejor este asunto.

ROS. ¿Qué dices?

CONDE No comprendo...

ALB. Lo comprenderá usted. Esta mujer es todo para mí en la vida, y usted ha pretendido quitármela.

CONDE Yo...

ALB. Sin engaños, sin farsas. Lo sé. Con plena y absoluta sinceridad. Y a punto de quitármela ha estado usted, porque en este momento ella no tiene voluntad ni fuerzas para defenderse. ¡Toma! (Saca de un bolsillo el pendantif y se lo entrega á Rosario.) Ya tienes otra vez tu fuerza. Ya eres dueña de tu voluntad. ¡Defiéndete!

ROS. ¡Alberto! ¡Tú! ¿Cómo has logrado...?

ALB. ¿Rescatarlo? ¡Violentamente! Con violencia se lo arrebaté a tu... a ese hombre que te lo robó. Tan violentamente, que su navaja me atravesó la mano. Ya puedes devolvérselo a su dueño. Recíbalo usted, señor Conde. Es el mismo. Algunos brillantes se mancharon con mi sangre y parecen rubíes, pero son brillantes.

ROS. Gracias, Alberto. Tome usted, señor Conde.

CONDE No me lo devuelva usted. Me explico las confusas palabras de antes y la ruego con-

serve esa alhaja como recuerdo de su triunfo de anoche y del triunfo de hoy. (El Conde besa la mano a Rosario. Luego ofrece la suya a Alberto, que avanza y la estrecha. El Conde se dirige a la puerta y allí se vuelve, se inclina y dice:) ¡Buenas noches! (Mutis.)

ESCENA XII

ROSARIO y ALBERTO

ROS. Y tú, Alberto... Herido...

ALB. Sí, pero debemos bendecir esta herida, porque ha servido para que él, ¡quien tú sabes! pensara en el horror de una cárcel. Se va de España a comenzar otra vida. Y así como «El agua del Jordán» fué tu triunfo, así, esta sangre mía, es también agua del Jordán, que puede purificarle y redimirle.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, FLORENTINA, CASILDA, BERNABÉ y DAMIÁN

Se oye ruido de voces en el interior y entra Casilda vestida ridículamente de cupletista, despeinada y como quien viene huyendo de un peligro terrible.

TODOS ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

CAS. Que no quiero que me pase lo que a la Extremeñita (Entra detrás de Casilda Damián con el hacha de Bernabé.)

DAM. Como no salgas, te mato. ¿Con que ahora sales con que no sales, después del dinero que llevo gastao? Te mato.

BER. ¡Suelta el hachita, Damián!

ROS. ¿Qué es esto? ¿Estás herida? (Casilda da una vuelta como para que vea bien Rosario, pero en forma que quede de espaldas al público para que se le vea un enorme lunar en el homoplato derecho.)

CAS. ¡Es el lunar! Fíjate.

BER. Sí que es pa llamar la atención, sí.

DAM. ¿Eso? Como que eso es un tesoro. El dinero está ahí, ahí.

TELON

Obras de Francisco G.ª Pacheco

Huéspedes tranquilos, sainete lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Martín.

El Tirano, zarzuela en un acto. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

La poesía de la reja, apunte de sainete en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro Eslava.

Amores de aldea, comedia lírica en dos actos y cinco cuadros. (1) Estrenada en el teatro de la Zarzuela.

¡¡Abajo los solteros!!, fantasía cómico-lírica-gubernamental, en prosa. (1) Estrenada en el teatro de Novedades.

La Giraldina, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (1) Estrenado en el teatro de Novedades.

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro de Novedades.

El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (2) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El sitio de Gerona, juguete cómico en tres actos y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El agua del Jordán, comedia en tres actos y en prosa. (2) Estrenada en el teatro Coliseo Imperial.

---

(1) En colaboración con D. Juan G. Renovales.
(2) Idem con D. Luis Grajales Lacalle.
(3) Idem con D. Luís Candela.

Obras de Luis Grajales Lacalle

El mejor amigo..., comedia lírica en un acto. Estrenada en el teatro de Novedades, de Valencia. (1)

Loca de atar, comedia en un acto. Estrenada en el teatro Grand Palais, de Valencia.

El fin de la tiranía, drama en cuatro actos. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

Mont du-Midi, juguete cómico en un acto. Estrenado en el teatro de la Princesa, de Valencia.

La cuarta plana, sainete lírico en un acto. Estrenado en el teatro Barbieri, de Madrid. (2)

Matrícula de honor, juguete cómico-lírico en un acto. Estrenado en el teatro de Novedades, de Madrid. (3)

El coloso de Rodas, aventura cómico-lírica en un acto y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Martín.

La derrota de Aníbal, juguete cómico en un acto y en prosa. (3) Estrenado en el teatro Infanta Isabel.

El agua del Jordán, comedia en tres actos. Estrenada en el teatro Coliseo Imperial. (3)

---

(1) En colaboración con D. Federico Trujillo.
(2) Idem con D. Enrique Bohorques.
(3) Idem con D. Francisco García Pacheco.

Precio: DOS pesetas.